

# Al árbol de Guernica

[Poema - Texto completo.]

Gertrudis Gómez de Avellaneda

Tus cuerdas de oro en vibración sonora  
vuelve a agitar, ¡oh lira!,  
que en este ambiente, que aromado gira,  
su inercia sacudiendo abrumadora  
la mente creadora,  
de nuevo el fuego de entusiasmo aspira.

¡Me hallo en Guernica! Ese árbol que contemplo,  
padrón es de alta gloria...  
de un pueblo ilustre interesante historia...,  
de Augusta libertad sencillo templo,  
que -al mundo dando ejemplo-  
del patrio amor consagra la memoria.

Piérdese en noche de los tiempos densa  
su origen venerable;  
mas ¿qué siglo evocar que no nos hable  
de hechos ligados a su vida inmensa,  
que en sí sola condensa  
la de una raza antigua e indomable?...

Se transforman doquier las sociedades;  
pasan generaciones;  
caducan leyes; húndense naciones...  
y el árbol de las vascas libertades  
a futuras edades  
trasmite fiel sus santas tradiciones.

Siempre inmutables son, bajo este cielo,  
costumbres, ley, idioma...  
¡Las invencibles águilas de Roma  
aquí abatieron su atrevido vuelo,  
y aquí luctuoso velo  
cubrió la media luna de Mahoma!

Nunca abrigaron mercenarias greyes  
las ramas seculares,  
que a Vizcaya cobijan tutelares;  
y a cuya sombra poderosos reyes

democráticas leyes  
juraban ante jueces populares.

¡Salve, roble inmortal! Cuando te nombra  
respetuoso mi acento,  
y en ti se fija ufano el pensamiento,  
me parece crecer bajo tu sombra,  
y en tu florida alfombra  
con lícita altivez la planta asiento.

¡Salve! ¡La humana dignidad se encumbra  
en esta tierra noble  
que tú proteges, perdurable roble,  
que el sol sereno de Vizcaya alumbra,  
y do el Cosnoaga inmoble  
llega a tus pies en colosal penumbra!

¿En dónde hallar un corazón tan frío,  
que a tu aspecto no lata,  
sintiendo que se enciende y se dilata?  
¿Quién de tu nombre ignora el poderío,  
o en su desdén impío,  
tu vejez santa con amor no acata?

Allá desde el retiro silencioso  
donde del hombre huía  
-al par que sus derechos defendía-,  
del de Ginebra pensador fogoso,  
con vuelo poderoso,  
llegaba a ti la inquieta fantasía;

y arrebatado en entusiasmo ardiente  
-pues nunca helarlo pudo  
de injusta suerte el ímpetu sañudo-,  
postró a tu austera majestad la frente  
y en página elocuente  
supo dejarte un inmortal saludo.

La Convención Francesa, de su seno  
ve a un tribuno afamado,  
levantarse de súbito, inspirado,  
a bendecirte, de emociones lleno...  
Y del aplauso al trueno  
retiembla al punto el artesón dorado.

Lo antigua que es la libertad proclamas...  
-¡Tú eres su monumento!-  
Por eso cuando agita raudo viento  
la secular belleza de tus ramas,

pienso que en mí derramas  
de aquel genio divino el ígneo aliento.

Cual signo suyo mi alma te venera,  
y cuando aquí me humillo  
de tu vejez ante el eterno brillo,  
recuerdo, roble augusto, que doquiera  
que el numen sacro impera,  
un árbol es su símbolo sencillo.

Mas, ¡ah, silencio!... El sol desaparece  
tras la cumbre vecina,  
que va envolviendo pálida neblina...  
se enluta el cielo..., el aire se adormece...  
tu sombra crece y crece...  
¡Y sola aquí tu majestad domina!